La luz, penetrando tamizada por entre el follaje, daba al campo un aspecto alegre y apacible.

Chupamirtos de oro y de esmeralda, mariposas de mil colores é insectos tornasoles de diferentes formas, revoloteaban zumbando entre las flores y las hojas de los arbustos, mientras que en las ramas de los árboles cantaban multitud de pájaros produciendo una melodiosa algarabía.

Aquí una ardilla, acullá un *tlacuache*, allá un tejón, un conejo ó algún otro roedor, corrían azorados de la vista del hombre, para buscar refugio en sus madrigueras ó quedar ocultos en la maleza.

Las lagartijas trepaban presurosas por los troncos, ó corrían haciendo extraño y alarmante ruido bajo los yacimientos de hojarasca.

También solía deslizarse por la yerba alguna culebra inofensiva, cuyos movimientos ondulantes la conducían á alguna acequia, donde se sumergía asustando á las ranas que suspendían por un momento su monótono cantar.

Pero lo más singular y admirable del caso, era que, en medio de todos aquellos ruidos, parecía que reinaba en el bosque un profundo silencio.

¡Contraste raro que se nota en las grandes soledades!

Bastaba la caida de una pequeña rama, para que se oyera el ruido que hacía á una gran distancia; como se oía también el zumbido de un insecto que pasaba volando á buena altura, y aun otros rumores más insignificantes.

Aquel solemne silencio era á intervalos interrumpido por el golpeo al parecer de martillos que trabajaban sobre madera.

Aquel ruido llevado en alas del viento, era por el eco repetido en las quebradas y en las grutas del cerro.

Luego volvía á quedar todo en silencio.

Siguiendo la dirección de aquel golpear intermitente, se llegaba á la glorieta, donde se podía ver un movimiento inusitado.

Un grupo de carpinteros daba término á la construcción de una gran mesa en forma de herradura, capaz de contener hasta cien cubiertos.

Varios mozos se ocupaban en extender los manteles y en colocar la vajilla. Otros llevaban grandes ramos de flores.

Fortunet, propietario á la sazón del Tívoli de San Cosme, era el encargado de servir la comida y daba sus órdenes como un contramaestre á bordo de una fragata.

Situado en un campo próximo á la glorieta, distribuía el trabajo que era ejecutado con orden y prontitud.

En otro campo inmediato se situó la música que debía tocar durante la comida, y sólo esperaba la llegada de los convidados para lanzar al aire sus armonías.

Con el objeto de preservar á los comensales de los rayos del sol, que pudieran penetrar, á pesar del follaje, se colocaba un toldo de cotí listado de azul formando un elegante pabellón.

Poco á poco, el buen Fortunet fué disponiendo todo con la maestría que acostumbraba.

Cada cubierto estaba dotado con el juego de copas necesario para verter en ellas los diferentes vinos que se habían de servir.

Cubrían la mesa grandes piezas de repostería, de helados y de gelatinas, figurando obeliscos, templos, fuentes y cascadas.

En los intervalos, alternaban lindos macetones de plaqué, sosteniendo pirámides de frutas de todos los climas, con elegantes jarrones de porcelana que ostentaban brillantes ramilletes de flores.

Todo estaba ya listo, cuando comenzaron á llegar los carruajes que conducían á los convidados.

Fué el primero un hermoso *landó* azul con adornos de plata, arrastrado por dos poderosos frisones negros como el ébano.

Un lacayo, elegantemente vestido, que llevaba cucarda en el sombrero, que calzaba guantes de ante, y ceñía polainas que subían más arriba de la rodilla, se puso en tierra de un salto, abrió la portezuela, se quitó el sombrero, y esperó la bajada de sus amos en actitud reverente.

Quien primero bajó del coche fué un caballero que frisaba, sin duda, en los cuarenta años, aunque bien conservado, de buena fisonomía y continente distinguido, si bien algo afectado, á causa de las pretensiones que siempre da la riqueza, principalmente á aquellos que por sí la han adquirido.

El caballero tendió la mano, y se vió aparecer en la portezuela una beldad vestida de blanco con un rico traje de gró recamado de pasamanería y guarnecido de blondas. Llevaba un magnífico velo, también blanco, que sujetaba á su artística cabeza una corona de azahares.

La beldad apoyó su diminuta mano en la del caballero, mientras con la otra trataba de arreglar el vestido, para que al bajar al estribo le cubriese los piés, preocupación constante de las mexicanas; pero no consiguió su objeto, porque á pesar de sus esfuerzos dejó ver un lindo pié, calzado con un botín de raso, y que hubiera lucido mucho más, con el zapatito bajo y las cáligas de tiempos más felices.

Cuando la bella puso el pié en el suelo, la música rompió tocando el Himno Nacional. Aunque esto parezca extraño, es lo cierto, que no hay charanga que no lo toque en toda clase de fiestas, y hasta en las francachelas más vulgares.

Después del *landó* azul, fueron llegando los demás carruajes y apeándose de ellos los convidados, entre los cuales se hallaban algunos de mis antiguos conocidos, que mencionaré cuando llegue la vez.

Reunida la comitiva, á los acordes de la música, se dirigió procesionalmente á la glorieta, donde esperaban en fila, para hacerle los honores, los criados de Fortunet vestidos de negro con sus mandiles blancos.

En seguida fueron á ocupar sus puestos, en espera de la señal que debía ordenar el principio del servicio.

El caballero que bajó del *landó* y la señora vestida de blanco que llevaba del brazo, no eran otros que D. Severo Apaña y Clara Bullanga, que acababan de casarse é iban á celebrar sus bodas en el majestuoso bosque.

Don Roque Bullanga, y Doña Ramona Ramos como padres de la novia ocuparon en la mesa el lugar preferente: á su derecha se sentaron los recién casados y en frente de ellos los padrinos, que eran Carmelita Bullanga y el Marqués de Peñahendida.

Los demás convidados se fueron sentando, después de colocar á las señoras en los lugares que indicaban las tarjetas respectivas puestas sobre las servilletas caprichosamente dobladas.

Después del ligero desorden que precede siempre al momento de sentarse, todo entró en quietud.

Fortunet, que no esperaba otra cosa, dió sus órdenes y una suculenta sopa de ostiones fué servida.

La música comenzó á tocar la obertura de "Fra-Diávolo."

Poca animación se notaba en la mesa.

Los hombres atendían á las señoras con galantería; pero se hablaba en voz baja, localizándose la conversación en determinados grupos.

Cuando se hubieron servido varios platos y las copas se vaciaron repetidas veces, aquella reunión se fué animando y la conversación generalizándose; pero en el fondo se advertía que dominaba una frialdad irremediable.

Y era que muchas de las personas allí reunidas daban grande importancia á ciertas fórmulas de etiqueta; y la diferencia de rangos y fortunas, se notaba por cierto acatamiento servil de parte de unos, y por pretensiones exajeradas por parte de otros.

Con semejantes condiciones no es posible en manera alguna, que reuniones como aquella puedan producir alegría y sincera expansión de ánimo.

Era tan notable la frialdad de los convidados, que no pudo menos D. Severo de llamar la atención y alentar á la alegría, manifestando que en un día tan solemne como aquel, era conveniente suprimir la etiqueta y dar cada uno rienda suelta á su buen humor.

La idea fué acogida con aplauso y cada cual procuró aparecer lo más alegre que le fuera posible.

Como al efecto ayudaban los vinos exquisitos que se servían con abundancia, el movimiento y el ruido aumentaron.

Unos que se creían naturalmente graciosos, se esforzaban en decir chistes que les aplaudían débilmente por política.

Otros procuraban demostrar su contento riendo á dos carrillos por cualquiera cosa y principalmente por lo que ellos mismos decían.

Y algunos que no pueden concebir la alegría si no es embriagándose, se convirtieron en objetos de desprecio y de alarma para los demás.

Es la embriaguez piedra de toque para descubrir los defectos que el hombre oculta con educación y finura afectada y superficial. Pocos son aquellos que poseen una educación tan sólida y que tienen un carácter tan bien formado, que puedan sufrir semejante prueba sin fracasar.

Sin embargo del estrépito que iba en aumento á medida que avanzaba la comida, podía notarse fácilmente, que aquellas demostraciones tan entusiastas al parecer, estaban muy lejos de ser espontaneas.

Pero D. Severo se manifestaba satisfecho y esto bastaba.

También la hermosa Clara parecía completamente dichosa.

Mas, quien hubiera podido penetrar en todos aquellos corazones, hubiese hallado tal vez, que en la mayor parte se albergaba el hastío ó alguna pasión incompatible con el contento.

Como era natural, entre los concurrentes había relaciones de negocios, de amores ó de simple amistad.

Esto daba lugar á que se cruzaran palabras enigmáticas, miradas de inteligencia y brindis en secreto, que se indicaban, llevando la copa á los labios con disimulo, al mismo tiempo que se lanzaba una mirada intencionada á la persona que se dirigían.

Empero, esto pasaba desapercibido para la generalidad; porque, como suele decirse, cada cual atendía á su juego y no fijaba la atención en lo que pasaba á su derredor.

Solamente un joven que á pesar de serlo, revelaba en su fisonomía un carácter un tanto sombrío y meditabundo, aunque dulcificado por una mirada burlona y algunas veces por una sonrisa llena de sarcasmo, parecía seguir minuciosamente las peripecias de la comida.

Su aspecto era naturalmente elegante, sin afectación; vestía con gusto sin ser esclavo absolutamente de la moda, y su conversación amena y franca, disponía mucho en su favor. No era un hombre hermoso, más su figura era simpática, y como se dice en México, tenía la sangre muy ligera.

Con estos antecedentes fácil es comprender que no le faltaban relaciones y que en todas partes le recibían bien.

Por desgracia, el hombre estaba atacado de un escepticismo incurable y aún se le tachaba de *excéntrico*.

Frisaba en los treinta años, tenía rentas que le daban lo bastante para poder vivir aunque modestamente; y gozaba también de la fama de ser un buen sujeto.

Mas á pesar de tantas ventajas, no habían logrado casarlo sus amigas que le predicaban constantemente sobre el asunto, y le indicaban algunas jóvenes que le podían corresponder.

Tan diferente modo de obrar del que seguían los demás, hacían de aquel hombre un sér incomprensible para muchas inteligencias.

En cuanto á él, seguía imperturbable su camino y decía que así vivía contento.

Este sér extraño era Fabián Corrales, aquel calavera que encontró Yoya en unión de Perico Bardas una noche de máscaras en el Teatro Nacional.

Como, acaso, era el único que no llevaba negocio á aquella fiesta, podía estudiar á sangre fría los episodios que tenían lugar allí, dando una exacta razón de ellos.

No obstante, había en la mesa otra persona con quien Fabián llevaba muy buena amistad y con la cual cambiaba, de vez en cuando, elocuentes y significativas miradas, alusivas á algunos de los sucesos que allí tenían lugar.

Era ella una matrona entrada en años, que revelaba en toda su persona ser una señora de mundo, y que conservaba vestigios de belleza.

Viuda de un Intendente de Ejército, gozaba de una regular pensión que todos los gobiernos le pagaban exactamente, y además poseía la casa en que habitaba.

Como estos recursos no eran suficientes para sustentar el lujo

que la señora gastaba, daba motivo á que las malas lenguas se ocupasen de ella de un modo inconveniente.

Su casa era frecuentada por los hombres prominentes de todos los partidos así como por banqueros, agiotistas y gente de mundo.

El bello sexo, también concurría, representado por señoras de la aristocracia.

La influencia que la viuda del Intendente gozaba en el gobierno, cualquiera que éste fuese, hacía que no hubiera favor que no consiguiese, ni negocio que no pudiera arreglar.

Tales circunstancias hacían de su casa el centro de multitud de asuntos, de intrigas, de proyectos políticos, y hasta de planes revolucionarios.

Es de creerse, que Doña Natalia Lizárraga, sacaría grandes ventajas de su posición para poder sostener el lujo con que había montado su casa.

Pero el mismo trato de la gente, los secretos que de ella poseía, y el modo con que se conducía sobre los negocios que en su casa se versaban, habían producido en Doña Natalia un desprecio invencible hacia la sociedad: había caido también en el escepticismo.

He aquí el secreto de la simpatía que la ligaba con Fabián. Muchas veces pasaban juntos los dos amigos horas enteras en íntima conversación.

Se lamentaban de los extravíos de la humanidad y del vacío que se siente en la vida, cuando corre desprovista de creencias y de afectos.

Murmuraban de la gente á más y mejor, y con tan triste desahogo, se sentían consolados; porque en su concepto, habían castigado con su acerba reprobación los vicios de los demás.

Mientras que Fabián se quejaba amargamente de la sociedad porque de ella había recibido su corazón heridas incurables, y vivía hasta cierto punto separado del mundo, sin exijir nada de él; Doña Natalia, por el contrario, lo explotaba perfectamente, y si bien lo despreciaba, lo mismo que Fabián, no podía vivir sino en medio del bullicio de la gente, porque siendo la vanidad su grave falta, hubiese muerto de pena al ver sus salones desiertos.

Por lo mismo se veía obligada á servir y ayudar en sus proyectos á personas que miraba con tedio, contribuyendo algunas veces á intrigas tenebrosas que se fraguaban en su casa, porque de este modo conservaba la influencia que le proporcionaba consideraciones y dinero.

Conocidos, pues, el carácter y las tendencias de los dos escépticos, fácil será comprender que en el banquete de Apaña se pusieron desde luego en comunicación por medio de indicaciones del gesto y de la mirada, puesto que hallándose bastante separados no podían comunicarse con la palabra.

Pero ellos no necesitaban hablar para poder entenderse perfectamente.

No pasaba en aquella reunión la cosa más insignificante, sin que se la comunicaran en el acto.

En esto había llegado la hora de los brindis.

Las botellas de *champaña* disparaban sin cesar sus tapones al aire, y el licor dorado henchía las copas, que derramaban la excitadora espuma.

Aquel fué el momento en que los sinceros amigos de los novios manifestaran su cariño, ya en prosa, ya en verso, con inocente sencillez, sin cuidar de la forma de sus discursos.

Pero también hablaron aquellos que, profundos egoistas, sin amar á alguien en el mundo, eran capaces, sin embargo, de aprovechar una ocasión como aquella, para adular rastreramente á las personas de quienes esperaban obtener alguna ventaja.

Muchos fueron los brindis que se dirijieron á este objeto; pero no creo oportuno gastar el tiempo en referirlos; porque con poner de manifiesto un par de ellos, será suficiente para dar una idea de los demás.

Don Braulio Porras tocó con el dorso del cuchillo en una copa, y dijo con voz sonora:

¡Señores! ¡Bomba!

Bomba, bomba, repitieron multitud de voces.

El ruido de la mesa cesó, y los convidados se pusieron en pié con las copas provistas del delicioso vino.

Don Braulio tosió, se arregló la corbata, y después de un momento de meditación, dijo de esta manera:

"¡Señores!

"Una boda, en todos los tiempos ha sido un espectáculo encantador.

"Pero, cuando se verifica con las raras circuntancias que tienen lugar en ésta á que concurrimos, puede decirse sin temor de equivocación, que toca los límites de lo magnífico, de lo sublime, de lo maravilloso."

Aquí el orador fué interrumpido por un estrepitoso aplauso. En seguida prosiguió:

"Yo me glorío, pues, de haber tenido la suerte de ser uno de

los felices invitados á esta fiesta brillante que nos embriaga con una dicha, que no creo pueda hallarse mayor en esta pobre esfera sub-lunar."

Aplausos prolongados.

"Una beldad incomparable, adornada de gracias y de talento, poseyendo una alma tierna y llena de virtudes, asocia su porvenir al de un hombre eminente, dotado de un génio prodigioso, que lo eleva sobre nuestros financieros más afamados; de un hombre, que si este desgraciado país lo supiese apreciar, tiempo hace que ocupando la Cartera de Hacienda, que por sus méritos, sin duda le corresponde, le habría salvado de la bancarrota que le amenaza."

Bravos y aplausos repetidos.

"Pues bien, á pareja tan dichosa, á la que el cielo proteje visiblemente, no le hacen falta los fervientes votos de un simple mortal; pero si fuese dable aumentar su felicidad con un sacrificio, yo le ofrecería hasta el de mi vida para conseguirlo."

Hurras, bravos y aplausos repetidos.

"Brindo, pues, por la eterna ventura de los ilustres desposados."

Aquí redoblaron los golpes en la mesa, las palmadas y los bravos. El orador recibió calurosas felicitaciones.

D. Braulio, desplomándose sobre su silla, se enjugó la frente con su pañuelo, no sin acoger con satisfacción un signo aprobativo de D. Severo y una mirada de Clara llena de gratitud.

La música entre tanto tocaba una diana á petición de los concurrentes.

De nuevo tocaron las copas pidiendo silencio y otras voces de bomba, bomba, resonaron.

Un joven imberbe se levantó de su asiento. Vestía con la mayor elegancia, luciendo una flamante casaca cortada por *Godard*. Miró con disimulo á Carmelita Bullanga y satisfecho de que era observado por ella, dijo:

"No tengo inconveniente en confesarme lleno de audacia, cuando me atrevo á hablar después de que lo acaba de hacer mi digno é ilustrado maestro el Sr. Porras, con la elocuencia y sabiduría que le es habitual."

Signos de aprobación.

"Pero ¿qué corazón puede dejar de palpitar, permaneciendo indiferente ante el magestuoso espectáculo que nos rodea?"

Rumores.

"Yo, por mi parte, no me siento con fuerzas para resistir; por